

Taller literario



**Carmen. Chelo.
Lourdes y Montse**

Donde nada sucede

A José Luís Echeverría, *in memoriam*,
disfrutó mucho descubriendo que
podía escribir

CAPÍTULO 1

VILLAMEDIANA DEL CASTILLO

Situada en un llano dominado por un cerro, en donde se encuentra el castillo que le completa el nombre, Villamediana es una población que tiene un origen medieval o incluso anterior, pues, en los últimos tiempos, se han descubierto una almazara y unos baños con *caldarium* y *tepidarium* que parecen haber pertenecido a una villa romana, dedicada a las labores agrícolas.

Se halla la villa en la confluencia de varias provincias y, por ello, reúne rasgos de todas ellas, lo que le da al habla de sus naturales un dejo especial y también unas características propias que tienen muy a gala y que se manifiestan tanto en sus fiestas o en la gastronomía, como en sus modos de hacer y comportarse. A los ojos de los forasteros este es un pueblo, sin embargo, como cualquier otro.

En invierno suele hacer frío y de vez en cuando llega a nevar. En primavera las heladas escarchan de vez en cuando el pasto cuando está empezando a hermohear. Los veranos son calurosos, las cigarras se adueñan de la olmeda y los grillos cantan desde cualquier maceta puesta en un balcón. El otoño, si viene bien, es soleado hasta noviembre y si no viene bien, es lluvioso y triste y se mete en el invierno y en la primavera, rezumando hasta marzo o abril. Cuando sopla del norte, la ciudad está protegida por el cerro, pero si sopla de levante, de poniente o de sur, entonces o hace un calor que se fríen las moscas en el aire o llueve sin parar porque las nubes se aplastan contra el cerro y la sierra que hay un poco más allá.

Quien le puso el nombre de Villamediana posiblemente pensaba en otra cosa; una simple ubicación geográfica o en el número de habitantes que tuviera en el momento de su fundación. No obstante, acertó en ello. Ya que el pueblo, villa, casi ciudad, está a medio camino de todo esto. Es un pueblo, si contemplamos su casco antiguo de calles estrechas, que se apiñan en torno al castillo. Es villa porque así reza en su escudo y además porque existen en ella, la plaza de la iglesia, el ayuntamiento y además varias casas nobles con sus balconadas del renacimiento, esas de arcos como las logias o sujetas con hierros rematados en hojas o pétalos, con sus blasones en los chaflanes o sobre los grandes portones para caballerías, y es ciudad, porque tiene un

polígono industrial a las afueras, en el que incluso se ha instalado recientemente un polideportivo, un centro comercial y hasta un tanatorio.

La prolongación de la calle mayor, en su arranque estrecha y sombreada, de casas unifamiliares con tejados y cornisas labradas, con comercios tradicionales; una frutería, el estanco, la carnicería, la mercería, la peña taurina y una par de las de fútbol de los grandes equipos nacionales, así como dos bares estrechos, largos y oscuros, se extiende hacia el polígono industrial en una avenida de doble dirección, interrumpida por una fuente ovalada que, de noche, se ilumina con diversos colores. Las casas de la prolongación de la calle mayor son de pisos, construcciones que se iniciaron en los años setenta y que progresivamente alcanzan alturas de siete y hasta diez plantas.

En la subida hacia la muralla del castillo, por su parte norte, la más abrupta, se apiña el antiguo barrio medieval de callejuelas retorcidas y casitas casi suspendidas en el aire, pues mantienen un equilibrio inestable sobre las rocas del cerro. En la vega que rodea al cerro por la parte de poniente se encuentran pequeñas huertas de olivos y berzas que han ido siendo suplantadas por nuevas construcciones con piscina y cancha de tenis. El pueblo se extiende por la solana y termina en el polígono industrial que se ha comido en parte la olmeda que nacía al borde del río, que corre paralelo a la carretera que da acceso por ese lado.

En el entorno y pertenecientes al término municipal, aún existen grandes fincas de ganadería brava, de monte bajo y alcornocales, con bastante caza y con algunos rebaños de ovejas y cabras. Los pastos son suaves y todo el conjunto constituye un hermoso paisaje de dehesa que poco a poco, en algunos lugares, empieza a ser sustituida por invernaderos para flores o por cultivos de girasol e incluso de arroz o soja, aprovechando el agua del río que cada vez baja más menguado.

En lo alto del cerro, están los restos carcomidos del antiguo castillo, pomposamente llamado así cuando en su momento es posible que no fuera más que una torre de vigilancia de las instaladas en las fronteras entre señoríos o reinos medievales. Este castillo es, como en muchos lugares, o bien atribuido a los moros o bien a los Reyes Católicos. Lo más probable es que fuera efectivamente esa vieja torre y pasara siglos cambiando de mano. La cristianización, de todos modos, llegó hasta allí de manera contundente y en el siglo XVII se construyó la ermita dedicada a la Virgen del Olvido, patrona de Villamediana.

Adosada a los restos de la torre, la ermita es de una sola nave, con un tejado a dos aguas, una espadaña de una campana y un volado sobre el portón de entrada que no

llega a atrio, pero que se apoya en dos columnas que todo hace sospechar fueran del *impluvium*, es decir del patio central, de la antigua villa romana. Alguna otra columna muy semejante se encuentra en las naves laterales, muy bajas, de la iglesia parroquial, cuya nave central tiene aspiraciones de gótica.

En la plaza mayor, -hay otra a la que llaman plaza chica o plaza vieja al pie del barrio medieval y a la que se entra por un arco constituido por el volado de dos casas medianeras- hay una gran fuente de época de Carlos III, que en principio servía para abrevar a las caballerías, por un costado, y, por el otro, para que las mujeres llenaran los cántaros. El doble pilón fue sometido a un ‘arreglo’ por parte de algún edil que se consideraba artista y se revistió de azulejos sevillanos, que le van a la fuente como a un cristo dos pistolas. Sin embargo, no deja de ser una nota de color en un lado de la plaza, haciendo ángulo entre la iglesia y el ayuntamiento. Ambos, según reza un cartelón medio descolorido, son del siglo XVI, lo que en el caso de la casa consistorial es bastante cierto, pero anacrónico respecto a la iglesia.

Antes de llegar al polígono industrial y muy cerca del polideportivo hay dos edificios curiosos: Una especie de nave rectangular, con dos puertas enfrentadas en sus lados más estrechos, con ventanas parejas en las dos caras más largas y con unos bancos adosados a trechos a lo largo de todas las caras del rectángulo y que están cubiertos de fragmentos de baldosines de colores. De esa nave sale un gran canalón que llega hasta el río, del que lo separan unos cien metros y, al pasar junto a ella, se escucha siempre como un rumor de aguas corriendo: es el antiguo lavadero que ahora se enseña a los pocos turistas que llegan hasta allí.

Frente a él, al otro lado de la carretera, está la vieja fábrica de chocolate. Es un edificio irregular, con diversas alturas y varias chimeneas que corresponden a épocas diferentes. Cuando cerró la fábrica, mediados los años sesenta, el edificio entró en un largo e intrincado pleito que se resolvió unos veinte años después, cuando ya los dueños originarios habían muerto y quedaba una patulea de sobrinos y resobrinos que se disputaban la herencia. El ayuntamiento compró el caserón, inició varios proyectos, pero todos quedaron en agua de borrajas. La imagen actual de la vieja fábrica es la de una construcción a punto de ser demolida, con los cristales de las ventanas cuajados de pedradas, las paredes cosidas a pintadas de lo más diversas y las puertas abiertas como bocas de vieja.

En la fábrica de chocolate viven casi todos los gatos sin familia de Villamediana y algunos perros que dejan allí abandonados los veraneantes al irse. Hay también un

buen nido de palomas y muchos murciélagos, que no se estorban mutuamente porque llevan distintos horarios. Las noches de los viernes y los sábados, el patio trasero de la fábrica, que queda oculto a la vista desde la carretera, se llena de coches, motos, motocicletas y hasta bicicletas, y de aparatos para reproducir música que atruenan el aire con sonos de bacalao y de otras murgas de moda y es donde tiene lugar el 'botellón'. Allá van como en romería los jóvenes del pueblo a la diversión semanal. Los últimos vecinos de la prolongación de la calle mayor se quejan, cuando el viento sopla del lado del botellón, de que no pueden dormir por la música, los gritos y las peleas o los cánticos de los que se han achispado más de la cuenta. El resto de la semana el lugar es una escombrera de vidrios rotos, que huele a orines a media legua y que rezuma condones abandonados. Ya ha habido más de una disputa entre el concejal correspondiente y la contrata municipal de limpieza. Cuando el tira y afloja amaina, los operarios van con una pala y retiran los desperdicios y, cuando arrecia, allí se quedan los restos y los malos olores por meses, hasta que renegocian el precio de la concesión. A todo esto los vecinos se pasan el día enviando cartas con firmas sin ningún éxito. La cosa se ha convertido ya en ley.

Al pie del barrio medieval, por el lado norte, hay una pequeña plaza de toros, en cuya puerta grande, de arcos árabes y estucos, reza un cartel con el nombre de *La maravilla* y el año 1909. No se dan muchos festejos, sólo algunas novilladas sin picadores o con, según el presupuesto, y algún festival bufo. También ha habido años con suerte y han tocado espadas de los de Las Ventas, pero eso es lo menos. En los últimos tiempos ha habido algún concierto de cantantes de moda o incluso un pretencioso 'Festival de Teatro' que reúne a compañías de aficionados de los alrededores y que fomenta un profesor de Literatura del Instituto.

En las paralelas de la calle mayor, en tiempos la única calle del pueblo, están el colegio de primera enseñanza y a su costado el instituto y un pabellón de formación profesional. Donde la fuente nueva, -la de Carlos III es la vieja- han hecho el ambulatorio, porque el antiguo dispensario a espaldas del Ayuntamiento se ha convertido en dependencia municipal. Los ancianos del pueblo se quejan de que hay que andar mucho para ir hasta allá y es la farmacéutica la que recoge las recetas, las lleva y las trae del ambulatorio.

Villamediana tiene dos cementerios. Uno al norte, junto a la Plaza de Toros, cosa que algunos consideraban de mal fario, pero que pronto se quedó pequeño, y otro nuevo un poco más allá de la fábrica del chocolate. El nuevo se llama de Nuestra Sra.

del Olvido, lo que otros consideraron de mal gusto y hasta una falta de respeto a los allí sepultados. Pero, como se trata de la advocación de la Patrona, la polémica no duró mucho. Aunque continuaron la disputa los del Polígono, que decían que les da cierto respeto tener que pasar por el cementerio para ir todos los días a trabajar y a las chicas les parece que ven cosas cuando regresan por las noches. De modo que el Ayuntamiento ha abierto una calle paralela a la carretera, entre el polígono y el río, comiéndose algunos olmos más, para evitar problemas.

Junto al cementerio nuevo han situado el Tanatorio. El que vendió los terrenos, dicen que se llevó un buen pellizco, pero no lo disfrutó mucho tiempo y fue el primero en estrenarlo.

Desde el antiguo barrio medieval, por detrás de la Plaza de Toros sale otra carretera que se dirige al norte y cruza el río con dos puentes; el viejo, del tiempo de los moros o de los romanos, tampoco en esto hay acuerdo, y el nuevo, en el que a pesar de ser más ancho hay que ceder el paso. El puente romano se ha convertido en parte de un paseo para viandantes y bicicletas y es lugar preferido de los enamorados. Algún espabilado ha puesto allí un quiosco de temporada en donde los veraneantes se meriendan o cenan sus chuletitas con su sangría y creen que están recuperando los sabores tradicionales.

Cruzando el puente nuevo, se llega a la estación de autobuses, a cuyo lado se encuentra la parada fija de taxis. Detrás de ella, suelen aparcarse los autobuses de línea porque los andenes los hicieron demasiado estrechos y no cabían para maniobrar. Todavía continúa el pleito entre el Ayuntamiento y la constructora. Los últimos rumores apuntan a que el trato será que lo derriben, que hagan la estación un poco más lejos y en el solar construyan, como reparación, un auditorio y una nueva casa de la cultura, ya que la que ahora se halla en una de las antiguas casas nobles tiene un auditorio muy pequeño.

En fin, Villamediana del Castillo es un pueblo donde hay de todo, especialmente desde que han hecho el Centro Comercial en una de las parcelas del Polígono. Allí hay las típicas pizzerías, un Kebap, un restaurante chino y dos salas de cine, dos tiendas de abalorios, una de chucherías, una zapatería, una boutique, una tienda de flores secas y naturales, que surte mucho a los que van al cementerio, y un bar de copas, llamado Manhattan, que tiene licencia para abrir hasta las tres de la madrugada y es el competidor, para los de más de treinta años, de la fábrica de chocolate. El Centro comercial se llama La Florida Avenue, pero los castilleros, que es como se llama a los

de Villamediana, lo llaman el Huerto del tío Anselmo, porque esos terrenos eran de aquel buen hombre en tiempos.

En este lugar que tiene de todo y puede ser considerado una ciudad, en realidad no pasa nada. Al menos nada de importancia. Sus orígenes históricos lo sitúan en la frontera de lugares que ya no constituyen reinos separados. Sus habitantes ya no disputan, más que al mus y cosas semejantes, con los de los pueblos vecinos y viven vidas corrientes, sin grandes sobresaltos y sin mucha gloria.

Pero, como ocurre en cualquier ciudad en expansión, hay de todo; gente seria y fanfarrones, gente feliz y melancólicos o enrabiados; temerosos y valientes. También es cierto que no es fácil distinguir a simple vista unos de otros, porque el temeroso fanfarronea, el melancólico no para de contar chistes y el feliz oculta su felicidad para que no le envidien. Los que tienen dinero suelen pavonearse, pero los que son verdaderamente ricos, pasan por austeros y comedidos. Los pobres ocultan su miseria como mejor pueden y los que andan en medio nunca cuentan más que lo que les sale bien.

La gente de Villamediana se odia y se ama como en todas partes, sin que se sepa dónde está exactamente el límite entre esos sentimientos. Se alía según las circunstancias o se rechaza también según sople. La mayoría está satisfecha con su manera de ser y con su vida, al tiempo que desearía ser de otro modo o tener otra vida.

En definitiva, lo ya dicho; en Villamediana las cosas son normales y como en cualquier parte.

CAPÍTULO 2

LAS SEÑORITAS DE RUÍZ

Frente al edificio habilitado como sede de diversos organismos dependientes del Ayuntamiento, tenían su domicilio las señoritas de Ruiz. Su padre, registrador de la propiedad, había vivido en el pueblo durante más de cincuenta años. Allí se había casado con una señorita bien, que falleció al poco de dar a luz a su tercer hijo, el único varón. Las señoritas de Ruiz nacieron en aquella casa y siempre vivieron en ella, conservando los muebles de sus padres e incluso no sólo la biblioteca jurídica de su padre, sino cientos de legajos profesionales que daban testimonio de su largo ejercicio como registrador.

El hermano pequeño, Eduardo, marchó a estudiar algo, no se sabía bien si un peritaje o una ingeniería, a la ciudad de Valencia. Allí contrajo matrimonio con una señorita de oscura procedencia –lo era, porque en el pueblo no se sabía nada de ella- que lo apartó de sus hermanas y de su padre ya anciano a quienes no visitaban sino de uvas a peras.

Las señoritas de Ruiz, Edelmira y Etelvina, se quedaron solteras. Se esperaba de ellas que fueran lo que siempre habían sido; unas señoritas acomodadas que entretenían sus ocios yendo a la iglesia, bordando o cosiendo, gobernando la casa, sembrando flores en el huerto y recibiendo a sus amistades para el chocolate de la tarde.

Sin embargo, Edelmira y Etelvina, insospechada, repentina y sorprendentemente, cuando ya se acercaban a la cuarentena, prepararon unas oposiciones administrativas e ingresaron como funcionarias en el Ayuntamiento. Su primer destino las llevó a la sede central. Pero, cuando el Municipio adquirió la casa frontera, que había pertenecido a un médico, y allí se instalaron los negociados de arbitrios por obras, el control del camposanto, además de otras dependencias municipales, así como el local cedido a la Asociación de Amas de casa, las señoritas de Ruiz consideraron más que conveniente hacerse cargo de la gestión del camposanto, - donde reposaban sus padres y ellas descansarían, todo a su debido tiempo- y también de los arbitrios para obras y reparaciones: su casa tenía siempre goteras, algunas cornisas

peligrosas y estaba sujeta a las remodelaciones sucesivas de cuartos de baño y cocina, que cada vez se modernizaban más.

De manera que solicitaron el traslado a ese edificio y a esos negociados, que no eran muy solicitados, sobre todo el del camposanto, y con ello ganaron en comodidad, ya que sólo tenían que cruzar la calle y también en tranquilidad, porque así se aseguraban de que su eterno descanso sería el adecuado y que, mientras, en su casa las goteras se repararían con celeridad, evitando al tiempo, tasas abusivas.

Cada vez había menos mujeres solteras en el pueblo con las que reunirse y la creación de la Asociación de amas de casa, que estaba en el mismo edificio en que ellas trabajaban, les vino a dar un nuevo aliciente. Edelmira y Etelvina fueron de las primeras en Asociarse. Ello les permitía tener ciertos ratos de ocio compartido con otras mujeres y además las mantenía al tanto de lo que de interés se produjera en el pueblo, donde las cosas estaban cambiando a pasos agigantados.

Una de las cosas que había cambiado de manera drástica era el régimen de visitas. En vida de su padre, los jueves era la tarde del chocolate. Ellas mantuvieron la costumbre, pero poco a poco su chocolate fue perdiendo comensales; apenas el cura, la hermana del farmacéutico y la costurera. Los asistentes eran tan dispares en sus intereses y formación que resultaba incluso penoso mantener una mínima tertulia.

Por otra parte, Eduardito, al morir el viejo –como él le llamaba, posiblemente mal aconsejado por la de Valencia- dejó de venir por Navidad y raramente durante las fiestas. Las pocas veces que visitaba a sus hermanas venía solo y se pasaba el rato midiendo las habitaciones, evaluando el huerto y comentando cuánto valor podría alcanzar aquella casa, a pesar de sus desperfectos. Sus visitas eran como de médico. Llegaba a comer sin avisar y se marchaba nada más apurado el café y la copa de coñac. Lamentaba que entre todas las costumbres conservadas, sus hermanas no hubieran mantenido la de rellenar la caja de papá con los habanos. Refunfuñando y diciendo que se le había hecho muy tarde, salía a toda prisa y sin prometer ni asegurar cuándo volvería.

Cuando Etelvina llegó a la sede de la AAC, todo eran cuchicheos y alboroto. Pero, al entrar ella se hizo un largo silencio y las allí presentes, desde Doña Gertrudis a Trini, pasando por la recién incorporada Mercedes, buscaron algo en qué ocuparse para aparecer muy atareadas y que allí no pasaba nada. Etelvina que siempre había sido una mujer tímida y que, si no estaba su hermana presente, no sabía muy bien cómo actuar, se fue a su rincón, donde había dejado el día anterior unas facturas que debía ordenar.

Unos minutos más tarde, llegó Edelmira. Todavía se notaba una especie de tensión en el aire. Edelmira se fue hacia Etelvina y, por lo bajo, le dijo: ¿Qué está pasando aquí? Su hermana, sin apenas levantar la vista de los papeles, respondió con voz casi inaudible: No sé, yo ya las he encontrado raras al entrar. Estaban hablando muy agitadas y al entrar yo, se han callado y no me han dicho nada.

Edelmira se volvió hacia el grupo y al girarse, se dio cuenta de que las cabezas y las miradas, que estaban dirigidas hacia ellas, se hundían de repente o se apartaban fingiendo mirar para otra parte.

Con su estilo directo y algo impertinente, dijo:

-¿Se puede saber qué os pasa?

Doña Gertrudis se acercó lentamente y dijo: ¡Ay Edelmira, hija, y tú, Etelvina, qué malos ratos debéis estar pasando con todo esto!

Las hermanas se miraron perplejas y tanto era su asombro que Etelvina no esperó a que su hermana dijera nada y preguntó: ¿Malos ratos, nosotras, por qué?

-Pues, hijas, por lo de vuestro primo. Ya sé que es un primo lejano, pero no deja de ser de la familia y esas cosas...

-Claro, terció Trini, cuando a alguien cercano le pasa una cosa así, pues todo el mundo se afecta.

Hasta Mercedes se acercó como si estuviera dando un pésame y dijo: Yo, aunque las conozco de hace poco, no puedo dejar de sentirlo mucho, porque ustedes dos siempre han sido muy amables conmigo.

Las señoritas de Ruiz estaban cada vez más pasmadas. No acertaban a comprender de qué se estaba hablando y por qué todo el mundo, incluso aquella chica recién venida al pueblo, las trataba como si hubieran sufrido una desgracia.

Finalmente, Edelmira, sacando pecho, en un gesto muy suyo, exclamó: No sé si os habéis vuelto tontas o qué, pero en mi familia no ha habido ninguna desgracia que nosotras sepamos. Mi hermano, nuestro hermano, como sabéis lleva una vida de gran éxito en Valencia. Nosotras estamos estupendamente, gracias a Dios, y no sé de nadie cercano o lejano que esté enfermo o haya fallecido. Y en cuanto a primos, no creo que nos quede ninguno, así que si están ya con Dios, nada malo les puede pasar.

Hija, hay cosas que a veces son peores que la enfermedad o la muerte- Dijo doña Gertrudis, mirando a las demás como buscando ayuda para que alguien dijera lo que estaba pasando, porque era evidente que las hermanas no sabían nada. Trini, la más

resuelta quizá por ser la mujer de cabo de la Guardia Civil y que era quien había traído la noticia a la AAC, dijo:

- Pues mire, doña Edelmira, lo que pasa es que mi Andrés, esta mañana muy temprano, se ha tenido que ir zumbando a casa del señor Perales, su pariente de ustedes, a detenerlo, y ahora mismo, el señor Perales está preso en el cuartelillo a la espera de que venga el juez, que no llega hasta mañana. Así que el pobre se va a pasar la noche en el calabozo. ¡Un señor como él y medio primo de ustedes...!

- ¡Acabáramos!, -dijo doña Edelmira. Para empezar el señor Perales no es primo nuestro. Su mujer, la pobre de Virtuditas, era hija de un primo segundo de nuestra madre, con lo que el parentesco es más bien lejano. Cuando se casó con ese, la familia, es decir, mis padres, que gloria hayan, ya advirtieron que esa no era una boda adecuada. ¿Qué ha hecho ese bandarras, para que se lo lleven al cuartelillo?

- Bien a buenas no sabemos qué ha pasado. Pero lo cierto es que el tal Perales está en el cuartelillo y allí se va a quedar hasta que venga el juez. Comentó Trini.

Y como si le hubieran dado cuerda, siguió diciendo: Si ya me chocaba a mí tanto caserón, con su jardín y su piscina, y tanto coche que si un descapotable para la chica y si la moto para el nene y los aires que se da de gran señora la Virtudes, poniéndose los visones hasta para ir a la compra, que cualquier día, entre el pelo del animal y la menopausia le va a dar un sofoco que va a acabar con ella.

-¡Trini!, no te dispares, un poco de contención, que están aquí sus parientas presentes. Dijo Gertrudis para evitar males mayores.

- Lo siento, pero es la verdad, si se pone ese abrigo hasta en mayo.

-Bien, terció doña Edelmira. El caso es que no sabemos por qué se han llevado a Perales al cuartelillo ni de qué se le acusa. ¡Hija, cuando traigas una noticia así, haz el favor de enterarte del todo, ya que eres la mujer de la autoridad!

En ese preciso instante entró Adela, la cuñada de Trini, la maestra.

- ¿Ya saben lo de Perales? dijo mirando con cautela hacia las señoritas Ruiz. Parece que el señor Perales, al ser el director del Banco, se ha estado dando a sí mismo créditos y también a su mujer, que la pobre no tenía ni idea, y a los chicos. Y como era el jefe, pues hoy pagaba y mañana no y parece que casi siempre era para mañana. El caso es que ha venido una inspección de la Central del banco y lo han pillado en cueros.

-Bueno, pero Virtuditas heredó una gran finca de sus padres, que por eso Perales se casó con ella o al menos era lo que decían nuestros padres, porque era más bien

feúcha... Esta declaración de Etelvina mereció una mirada fulminante de su hermana que la sumió en el silencio.

-Sí, lo de la finca es otra. Resulta que Perales ya la había hipotecado hace tiempo y el chalé y no sé si tenían algo más- añadió Adela, que parecía muy bien informada-, pero todo es humo y apariencias.

- ¿Y tú cómo sabes tanto? Preguntó Trini.

- A mí me lo ha contado mi hermano que es quien lo ha detenido esta mañana. ¿No te lo ha dicho a ti?

Trini acusó el golpe bajo de su cuñada que siempre procuraba ponerla en evidencia y, en particular, utilizaba el método de tener como hermana más cercanía con el cabo de la Guardia Civil que su propia esposa. El origen de esta cuestión estaba en que Trini no era 'estudiada', mientras que tanto Adela como su hermano, el guardia, tenían estudios. Adela había aspirado a que su hermano hiciera una mejor boda que no la de casarse con Trini, que a pesar de ser una mujer espabilada, con gran sentido común e inteligencia natural, además de muy habilidosa para muchas tareas, no era 'ilustrada'. Hablaba de cualquier manera, escribía con más de una falta de ortografía y jamás se la había visto con un libro en las manos.

En fin, el asunto de Perales ponía al descubierto una situación muy fea y que no se sabía cómo iba a acabar. Posiblemente perderían la finca, la casa, los coches y hasta el visón. Pero, en tanto no llegara el juez, tampoco se podía saber cuánto de verdad había en todo aquello, doña Gertrudis cerró la cuestión o al menos la dejó en suspenso, cuando dijo:

-En este momento estamos sólo hablando de conjeturas. No sabemos qué hay de cierto en todo ello. Así que mejor será que dejemos el asunto, hasta que haya más noticias.

Las señoras de la AAC consideraron que ya era tarde para seguir allí y que, con el sobresalto de la situación, tampoco tenían las cabezas claras como para ponerse a hacer nada. De manera que una tras otra, juntas o por separado, se fueron marchando a sus casas.

A la mañana siguiente, a primera hora, las que más madrugaron fueron doña Gertrudis y Mercedes. Al poco rato, apareció Berta, la mujer del farmacéutico. Pero ni Trini asomó ni su cuñada Adela, que eran las que más podrían saber del asunto. Las señoritas de Ruiz no eran esperadas porque a esas horas de la mañana ellas estaban cumpliendo con sus labores administrativas.

Mercedes, como era la más nueva en el pueblo, le dijo a doña Gertrudis:

-¿Qué cree usted que pasará ahora?

A lo que esta replicó: Pues le tendrán que llevar la comida como a don Luis Méndez. Todavía me acuerdo de cuando pasaba por mi casa el mayordomo, porque también eran gente de postín, con la cestita de la comida camino de la cárcel. Parecía que iba de merienda al campo.

Doña Berta, que también recordaba el episodio del señor Méndez, exclamó:

- ¡Qué vergüenza para doña Rosa! No volvió a salir de casa ni para ir a la iglesia y eso que era de misa diaria. Decían las criadas que no atendía las llamadas ni recibía más visitas que las de la familia, en especial la de su hermano Fernando. Era su principal apoyo. Ya sabéis que era abogado y tenía influencias y buenas amistades. Le gestionó y agilizó el juicio, mientras otros esperaban años.

-¡Y qué pronto salió! Ya se sabe, cuando hay dinero... Y eso que había hecho un buen desfalco. Comentó Berta.

-No, perdona, no fue un desfalco. Lo sé por mi cuñado Andrés que entonces trabajaba en los Juzgados. Lo que pasó fue que pidió un préstamo para mejorar unas instalaciones del ganado y, en lugar de eso, pues compró maquinaria de labranza. Un espabilado y sinvergüenza se enteró y un día se presentó en su casa, creo que en un mercedes deportivo despampanante, ni más ni menos que a pedirle un montón de dinero por no denunciarle. Méndez no se lo dio, y el otro lo denunció.

-Pues con todo lo que tenían, no sé cómo no pagó y punto.

-De punto, nada. Era un chantajista y luego le pediría más y más. ¿No lo has visto en las películas? Además eran una familia muy honrada, porque lo que él hizo no fue robar. Y qué más daría que lo emplease en una cosa o en otra, digo yo. Porque aquel hombre no se lo fundió en caprichos.

Siguieron así un buen rato discutiendo sobre la moralidad de los Méndez. Mercedes, con esta historia consiguió conocer algo del pasado de las familias prominentes del pueblo, pero se quedó sin saber nada de lo que le pudiera acontecer al señor Perales.

Al cabo de unos meses, tras el ajetreo de las fiestas y otros acontecimientos, por fin llegó el día en que Trini apareció triunfante en la AAC y dijo:

- Diez años le han caído a Perales. Al tiempo, lanzó una mirada a su cuñada y pudo comprobar con satisfacción que ésta nada sabía aún.

- ¿Cómo así? preguntó doña Etelvina.

- Pues muy sencillo, porque lo que hizo ese señor, por llamarlo algo, no es como lo de Méndez que decíamos. Este era un pillo redomado. Ya habéis visto que la señora ha desaparecido del pueblo. Sus hijos con el deportivo, la moto y todas las tonterías, hace meses que no se les ve el pelo. La casa está cerrada a cal y canto y ahora tiene un letrero de 'se vende' bien grande en la verja. Volvió a mirar a su cuñada y comprobó una vez más que no tenía idea. La Trini estaba en sus glorias.

- ¿Cómo que se vende? Exclamó doña Edelmira, si esa casa la construyó el padre de Virtuditas y era de ella.

- Pues no señora, que el marido ya la había hipotecado y hay quien dice que dos veces. Ahora servirá para pagar las deudas, pero le van a dar cuatro perras por ella, porque los aprovechados saben cómo son estas cosas. Por lo pronto, Perales, condenado, la casa cerrada y la familia huida. Ese es el resumen. Si es que no hay por qué darse tanto pote por nada. Que si tienes dinero, se te va por el fregadero y si tienes estudios, un día te da la 'arnesia' y como sí.

Aquí, Adela, no pudo contenerse y dijo: Trini, no seas bruta, 'amnesia'.

-Pues, lo que yo he dicho, replicó Trini que no estaba dispuesta a perder ni una chispa del brillo que había conseguido aquel día.

La hermosa casa que el padre de Virtudes había construido y llenado de caprichos, como vidrios emplomados, una chimenea labrada como un encaje en el salón y la hermosa verja de imitación modernista, empezó a criar maleza, los vidrios de colores fueron diana de más de una pedrada y el murete que sujetaba la verja se inclinó doliente.

Más de dos años pasaron hasta que un veraneante, de esos caprichosos a los que les da por lo que ellos creen que es la vida en contacto con la Naturaleza, la compró, la restauró y comenzó a ocuparla en los meses de julio y agosto y algunos fines de semana.

Dona Edelmira y doña Etelvina, cuando pasaban por allí sentían una punzadita en el estómago. Aunque se alegraban de verla como la había tenido siempre su tío segundo, en el fondo les daba un poco de rabia que la tuviera ahora un forastero.